

Alberto del Castillo: «Subirachs, en Galería Jardín», *Diario de Barcelona*, 8 de junio 1957, p. 6

La minúscula Galería Jardín, que nos ha deparado esta temporada exposiciones importantes de pintura, ofrece estos días una de escultura del mayor interés. Baste decir que el expositor es el escultor José María Subirachs, una de las auténticas promesas de nuestra escultura. Esta vez el vocablo promesa no es sinónimo de esperanza vaga sino que se acerca hasta identificarse con una venturosa realidad. Nos hallamos en verdad ante un escultor de alta categoría, llamado a dar mucho que hablar aquí y fuera de nuestro país. Trasladado a Bélgica en 1954 allí ha residido hasta hace un año. Durante este lapso ha expuesto en Bruselas, Brujas y Amberes, cosechando merecidos éxitos, redondeados por haber llegado a finalista –nada menos que con Ángel Ferrant- en la inolvidable noche que en el Ritz organizó la Cámara Barcelonesa de Arte.

Formado sólidamente junto a Enrique Casanovas no tardó en desprenderse del maestro, cambiando la masa por el espacio, siguiendo una línea en la que se mezclan Gaudí, Gargallo, Picasso y en seguida Moore, que es el ejemplo que tomó principalmente en los años anteriores a su estancia en Bélgica.

De esta época, de 1952, es *Mártir*, llena y redondeada, en piedra, seguida de *Yerma*, ya más honda y expresionista. De estas obras saltamos a las recientes, de este último año por lo tanto, quedando en blanco las ejecutadas en la etapa intermedia de su ausencia en el extranjero.

La primera de ellas es *Ecce Homo* de un expresionismo tan extremo como patético. Primera impresión fuerte. Nos la produce también *Torso*, de exquisita sensibilidad. Pero antes de continuar hemos de hablar de los dibujos, no ya porque en ellos saca a relucir veleidades surrealistas, ni por la admirable caligrafía, sino porque usa de una libertad voluntariamente frenada en la disciplina de la plástica, a excepción de algún caso suelto. Son siempre un anticipo de la seriedad de su trabajo. Otro punto es el prurito del logro de calidades, declarado en el estudio de las mismas en el único relieve exhibido y en el color y las pátinas de las demás obras, presentadas en yeso y barro, aunque destinadas al bronce.

Vienen a continuación una serie de creaciones extraídas del fondo literario helénico, interpretadas en un sentido de creciente aspiración abstracta. El hueco se va imponiendo. Es una plástica cálida en medio de su pureza formal. Su signo no es nórdico sino meridional, como inspirado en lo mediterráneo. Precisamente su interés radica en la versión de unos temas clásicos, tratados no a través de la sensualidad de los antiguos sino con una

espiritualidad de escalofriante austeridad. Véase, por ejemplo, *Sirena*. El hueco se impone, pero no por sistema. No existe una fórmula fija. En *Dafne* un punto se transforma en estirada abstracción. *Lesbos* está tratado como una arquitectura. El prurito abstraccionista tiene el expresionismo por compañero. Todo ello en función de la más rigurosa y airosa plástica. Y en primer lugar el fondo literario de origen. Así en *Ulises*. Y en *Las Parcas*, su obra más trascendente y definitiva. La armonía conjunta y la unidad de ritmo se combina con el distinto carácter de cada figura plásticamente expresado. El óvalo para el Nacimiento, la recta para la Vida y el hueco para la Muerte. Aquella impresión primera queda con creces plenamente confirmada. De gran artista son también sus dos últimas creaciones, éstas totalmente no figurativas. Pero incluso en este mundo de la nada, de la construcción a secas, de la plástica de pureza integral, la anatomía es expresionista, es decir, mediterránea y luminosa, no insensible y cerebral.